

Abismo

Rosana Pérez



Capítulo 1

El precipicio se interpone en mi camino. Me detengo y barajo rápidamente mis opciones.

Puedo cerrar los ojos y saltar al vacío; es tal la profundidad que mis ojos no alcanzan a ver qué espera para amortiguar mi caída. También puedo volver por el mismo camino por el que he llegado a este punto, pero no considero que sea interesante desandar el camino andado. Además, citando a Antonio Machado:

*Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.*

La decisión es más que evidente; está más que tomada:

Cierro los ojos y doy un paso al frente. Sin mirar atrás.

Durante la caída siento acelerarse mi pulso; en el vacío, las revoluciones a las que late mi corazón son millones por minuto.

Y mientras caigo, escucho en voz de Ricardo Cocciante:

*Y ahora siéntate,
ahí de frente a mí.
Escúchame muy bien,
y sin interrumpir.
Hace ya tiempo que,
quería decírtelo.*

De repente, tomo consciencia de que he dejado de caer, pero mi pulso sigue igual de acelerado. Abro los ojos y únicamente alcanzo a ver unas vías del tren que se pierden en un horizonte rojizo, propio del anochecer.

Sonrío. No sé muy bien por qué, pero una corriente extraña de felicidad ha sacudido todo mi cuerpo. Esto me lleva a dar un giro rápido de 360° sobre mi pie izquierdo como eje. Es tan rápido que sólo me permite apreciar ligeras sombras en torno a mí. Sin embargo, todo parece tranquilo, por lo que comienzo a caminar con pasos suaves hacia

adelante. Escucho una rama crujir, pero no me detengo; probablemente sea algún animalillo tan asustadizo como yo que se encuentra entre la maleza.

Escucho de nuevo el mismo sonido, pero esta vez más cerca. Ahora sí que me detengo de forma brusca. Soy consciente de que hay otra persona detenida a mi derecha. Se encuentra tan cerca de mí que soy capaz de escuchar su respiración. Siento la calidez de su aliento sobre mi cuello. Y le beso.

Vuelvo de nuevo a no saber el motivo, pero no soy capaz de evitarlo. Una fuerza invisible me empuja a ello. Y de repente, esa corriente extraña de felicidad invade de nuevo mi organismo por completo; lo que me hace reír. Y rio mientras le beso.

Continuamos caminando en la misma dirección hacia la que me dirigía tan solo un suspiro antes, cada uno a un lado de la vía, hasta que escuchamos un tren veloz aproximarse a nosotros por la espalda. Nos detenemos y damos un ligero salto hacia atrás, anonadados. A pesar de encontrarnos cada uno a un lado del tren, los movimientos son calcados, como si de la imagen proyectada por un espejo se tratase.

El tren se interpone entre nosotros hasta detenerse, abriendo sus puertas justo a la altura a la que nos encontramos en ese preciso instante. Nuestras miradas se cruzan fugazmente y asentimos al unísono. De un salto, subimos al vagón.

Capítulo 2

Siento el suelo tembloroso del vagón en movimiento bajo mis pies. Apoyo mi brazo izquierdo sobre el mismo para no llegar a caer y abro los ojos. Solamente veo una mancha borrosa de vegetación que simula marchar hacia atrás a gran velocidad ante el desplazamiento de la locomotora. Aunque tengo la sensación de que ha pasado toda una vida desde que he tomado impulso para saltar, tan solo han transcurrido unas milésimas de segundo. Por eso me sorprende todavía más sentir un brazo rodeando mi cintura. Desvío mi mirada hacia la dirección contraria a la que se dirigía y me lleva unos segundos acostumbrarme a la oscuridad. Cuando por fin puedo distinguir formas entre las sombras, lo primero que consigo observar es un extraño brillo pícaro en unos ojos marrones que me incitan a besarlos de nuevo, sin siquiera llegar a mediar palabra.

Cuando nuestros labios logran separarse, me quedo observándolos en un estado de ensimismamiento. Soy incapaz de calcular cuánto tiempo ha transcurrido. Podrían haber pasado horas o tan solo un segundo; para mí, el tiempo se ha parado. Realmente, podría haberse acabado el mundo; sería indiferente para mí. Sin desviar mi mirada de sus labios, los recorro suavemente con mi lengua. Separo mi cabeza de la suya y por fin lo observo a una distancia que me permite contemplar su rostro completo; no mucho más. Mientras lo observo, ladeo ligeramente la cabeza hacia la derecha y me retiro un mechón de cabello detrás de la oreja. Su mirada es hipnótica, no puedo romper ese extraño hilo invisible que me impide modificar la dirección a la que se dirigen mis pupilas. Acerco mi mano derecha a su rostro y deslizo mis dedos índice y corazón en sentido descendente desde su frente hacia su barbilla, acariciando la barba que cubre su cuello con el dedo pulgar.

De repente, siento su mano firme agarrando mi cabello y sus dientes mordiendo suavemente mi labio inferior. Una corriente maravillosa, que me hace sentir feliz, recorre todo mi cuerpo. En ese momento, tengo perfectamente claro que no deseo que nuestros cuerpos se separen ni siquiera un milímetro. Me doy cuenta de que su mano, que continuaba aferrando mi cintura, ha comenzado a descender con decisión hacia mi cadera. Me agarra fuertemente el culo y me acerca hacia él. Nos encontramos tan cerca que puedo sentir su erección en mis muslos mientras desliza sus manos por mi cuerpo.

Comienzo a recorrer su cuello con mis labios cuando de repente el estrepitoso sonido de la bocina de la locomotora nos sobresalta. Las luces se han encendido y el tren se ha detenido. Recorremos el vagón con la mirada y vemos aproximarse a un hombre vestido con traje azul marino y la característica gorra oscura con ribete dorado que no da lugar a dudas sobre su identidad. Siento un tirón en mi brazo y me veo corriendo a lo largo del vagón y en dirección contraria a la del revisor. Escucho caer algo

detrás de mí, y el estruendo de varias voces gritando a la vez, pero no me giro por temor a caer. Sólo sigo corriendo en la dirección que empujan de mi brazo, hasta que dejo de sentir el suelo del vagón bajo mis pies.